

reseñas de hojalata

“En las democracias todos somos políticos”: Fernando Savater

ADRIANA VILLEGAS BOTERO¹

Foto tomada de: https://www.larazon.es/historico/1340-fernando-savater-en-la-democracia-politicos-somos-todos-TLLA_RAZON_48942/



Presentación

En octubre de 1999 el filósofo español Fernando Savater estuvo en Manizales invitado por las *Jornadas Juveniles Latinoamericanas*, un espacio que surgió dentro de la muestra infantil que comenzó a realizar el Festival Latinoamericano de Teatro en 1993 y que en 1997 se independizó para darle espacio a un encuentro liderado por Pedro Zapata y organizado por jóvenes entre los 12 y 25 años, con el fin de reunir a jóvenes creadores de todo el continente.

Esta entrevista² a Fernando Savater se realizó en el marco de esa visita. Dos décadas después *Escribanía* reproduce ese diálogo con uno de los filósofos más leídos en el continente, en el que habla de éti-

- 1 Comunicadora social y periodista de la Universidad de La Sabana, Abogada de la Universidad de Manizales, Magistra en Estudios Políticos de la Pontificia Universidad Javeriana, Especialista en Literatura colombiana de la Universidad Santo Tomás y en Derecho Administrativo y Derecho de las Telecomunicaciones de la Universidad del Rosario, estudiante del Doctorado en Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira. Directora del Oficina de Comunicación y Mercadeo de la Universidad de Manizales. Correo electrónico: avillegas@umanizales.edu.co
- 2 Una versión editada de esta entrevista fue publicada en el periódico *El Espectador* en la edición del martes 26 de octubre de 1999, sección Cultura, página 1-C bajo el título *La ética está en cada uno*.

ca, moral, religiosidad, educación, internet, jóvenes y política. Su libro más reciente *La peor parte. Memorias de amor*, fue publicado en 2019 por Ariel y recoge las reflexiones surgidas luego del fallecimiento en 2015 de su esposa Sara Torres Marrero, con quien convivió durante 35 años.

Savater: filósofo *superstar*

No en vano Fernando Savater ha sido llamado “el filósofo de la obviedad”. Muchas de las cosas que dice parecen tan evidentes que resultan demasiado simples para estar en boca de uno de los más reconocidos intelectuales de fin de siglo. Sin embargo, y como él mismo lo señala, “la verdad no siempre es brillante, pero siempre es necesaria”.

Su conversación es clara, precisa, cordial y llena de humor e ironía. No habla más de lo necesario y escucha con atención. Dice que el lenguaje es el verdadero código genético de la humanidad, que la conciencia sobre la inminencia de la muerte es lo que hace a los hombres seres humanos en toda su dimensión y que la ética sirve para estar alegres: “La alegría es estar reconciliado con el mundo, sin caer en la imbecilidad de creer que todo marcha bien. Ser alegre es estar contento porque existir es mejor que no existir”.

Su pensamiento es reconocido en todo el mundo. Combina su trabajo como catedrático de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid con su vocación de escritor. Ha escrito cerca de 50 libros que han sido traducidos a 18 idiomas y aunque rechaza el 90% de las conferencias que le proponen, dicta un promedio de tres por semana.

Dice que no tiene vida normal porque pasa mucho tiempo viajando a pesar de que no le gusten los viajes, pero cuando está con su esposa y su hijo Amador en San Sebastián, ciudad en la que nació hace 52 años, se dedica a leer y escribir, y a ver películas en vídeo. También asiste al hipódromo y se reúne en su casa a tomar whisky con sus amigos, algunos desde su época de colegio. “Fui muy borracho e iba mucho a las tabernas, pero con el tiempo los vicios lo van dejando a uno. Uno deja de ser digno de ellos”, asegura.

Acaba de publicar *Las Preguntas de la vida*, una especie de introducción a la Filosofía para estudiantes de bachillerato. El libro le exigió tanta investigación que planea tomarse el próximo año como sabático. Sin embargo está cerca el centenario de la muerte de Nietzsche, uno de sus filósofos de cabecera, y con ocasión de esta efeméride tiene un proyecto entre manos que puede dañarle sus planes de descanso.

Lector insaciable, amigo del controvertido Cioran y partidario de la legalización de las drogas, le gusta aclarar que no es confesor, consejero ni vidente; que no tiene fórmulas o recetas para mejorar la educación o ser más éticos que y prefiere plantear preguntas que respuestas. Dice que no tiene pretensión de pasar a la inmortalidad. Es pragmático y no cree en el “folclor sobrenatural”. Le tiene sin cuidado cómo será recordado después de muerto y simplemente pretende serle útil a la gente con la que convive. “Si acaso hablan de mí cuando muera, me gustaría que me vieran como una persona que intentó conservar algunos ideales de la Ilustración en un siglo no siempre muy ilustrado”.

Savater vino a Colombia para hablar de los fantasmas y los mitos de fin de milenio, y para reflexionar sobre la ética, la educación y los ciudadanos del próximo. Sin embargo, aclara que

lo hace en tono irónico, para insistir que no es posible saber nada del futuro. “Los fantasmas y los mitos no son una visión científica. No soy futurólogo. No sé cómo va a ser el mundo ni en cien años ni en tres meses. Lo importante es que tengamos una visión suficiente para hacer proyectos y para los ideales de nuestro presente. El futuro debe servir como algo que ‘tira de nosotros, que está más allá de nuestro presente, pero no se puede ver como algo que está hecho porque no hay nada escrito”.

¿Somos una sociedad cada vez más olvidada de la ética?

No. Yo no creo eso en absoluto. La ética no es una cosa estable como las tablas de la ley; es una reflexión sobre la libertad que cada uno puede llevar a cabo. Entonces, en todas las épocas hay unas personas que piensan sobre su libertad y otras que se dejan llevar por la rutina, por lo que hacen los demás, por lo que se les apetece. Cuando hablamos de la ética en las sociedades pensamos en la violencia, en las cosas malas y atroces que pasan, pero eso ha ocurrido siempre. No ha existido ninguna época en la que podamos decir que todo era ético y moral o en la que la gente era más buena que mala. Lo importante no es pensar la relación entre la ética y la sociedad sino la relación individual que cada uno de nosotros tiene con la ética.

Entonces ¿qué opinión le merece la frase recurrente sobre la “crisis de valores”?

Ese lugar común surge de una incomprensión de lo que significan los valores. Los valores están siempre en crisis porque surgen de ellas. Si yo voy por la calle y veo a todo el mundo sonriente, no voy a desarrollar ningún valor, pero si veo a un hombre muy grande pegándole a un niño por robarle un caramelo surge el valor como protesta entre lo que es y lo que debería ser. La distancia entre el ser y el deber ser es una crisis y es la que permite el desarrollo de valores. Lo que la gente quiere decir es que recuerda que en el pasado los hijos respetaban más a los padres o las mujeres llevaban la falda más larga. Son vanidades, pero muy repetidas, como todas las cosas vacías que repite la gente a la que le gusta dar sermones moralizantes.

Hay gente que relaciona moral y ética con religiosidad. En los últimos años han proliferado religiones, cultos y creencias. ¿Cómo analiza usted esta tendencia?

La ética busca tener una vida mejor y la religión busca algo mejor que la vida, cosas que son radicalmente distintas. Las nuevas religiones no rompen con el pasado católico sino que lo reemplazan. Es una variedad de lo mismo: en vez de intentar desarrollar un poco más la reflexión y la autonomía, se cambia de ropaje místico irracional. Las gentes lo que están buscando son autoridades que la dirijan porque no son capaces de soportar su propia libertad. La actitud del vasallo de una divinidad es contraria a la autonomía de la ética. Una persona que es ética pero que considera que debe cumplir unos mandamientos para poder ir al cielo como premio o para no llegar al infierno como castigo, no es moral en absoluto, porque una

persona moral no actúa esperando recompensas sino porque está convencida de que lo que hace es lo mejor para su vida.

Si la gente lo que busca es autoridad ¿cómo conciliar la autoridad y la disciplina con la libertad, en relaciones cotidianas como las de padre-hijo o profesor-estudiante?

La autoridad es algo imprescindible en una etapa de la vida. Autoridad significa “ayudar crecer” y por eso cuando alguien está creciendo es bueno que los padres y los profesores lo ayuden, no sólo intelectualmente, sino que les sirvan de resistencia: los seres humanos crecemos como la hiedra, apoyándonos en algo que nos ofrece resistencia. La disciplina, por su parte, es el camino para hacernos conscientes de la libertad, porque la libertad no es algo natural: nadie nace libre; uno se va haciendo libre. Sin embargo, si la autoridad y la disciplina se mantienen más allá de ese “ayudara crecer” se convierte en una especie de tiranía perpetua que quiere mantener en minoría de edad a todo el mundo. Lo que sucede ahora es que vivimos en un Disneylandia espiritual en el que el profesor y el papá quieren siempre parecer simpáticos, aunque eso a veces signifique ceder en su autoridad, y en compensación el Estado tiene que hacerse cada vez más paternalista, cuando debería ser lo contrario. Las democracias, en vez de estar hechas por personas adultas que tienen responsabilidad, están hechas por gente que protesta porque la autoridad no ha hecho lo suficiente por ellos, en vez de pensar qué es lo que ellos pueden hacer por el desarrollo del sistema.

¿Desde su perspectiva, cuál amenaza considera hoy como relevante para el futuro de la humanidad?

Creo que un gran problema que afecta a los ciudadanos es el hecho de que ya seamos 6.000 millones porque eso significa que no podamos vivir como tribus, como se vivió en otras épocas, y tenemos cada día problemas más globales. Se habla de globalización para lo malo, como la droga, las armas o lo financiero, pero seguimos pensando si podrá haber una justicia global para casos como el caso de Pinochet; si podrá haber intervenciones humanitarias globales que protejan los derechos humanos. Si ya somos conscientes de que somos habitantes del mundo, el reto es pensar hasta qué punto desarrollaremos instituciones, gobiernos y formas de protección a escala global, en los que se proteja, fomente y respete la multiculturalidad.

¿Cuál sería entonces la actitud que debería caracterizar a un ciudadano ético, consciente de estos retos de fin de milenio?

Desarrollar un hábito de reflexión crítica sobre la propia vida. No dar por hecho que las situaciones en las que uno vive, buenas o malas, son algo natural y eterno. No hay que aceptar que siempre habrá crímenes, miseria, niños abandonados viviendo en las alcantarillas. Esas cosas, al igual que las buenas, han comenzado en un momento determinado y pueden acabar. Por eso la actitud es la de tener conciencia de las cosas que uno puede lograr cuando reflexiona y se une a otro y no la de decir “la sociedad está tan mal que yo para qué me preocupo”.

¿Es la educación la encargada de formar este tipo de ciudadano?

La educación es muy importante pero no es la única responsable de que esto ocurra. Las personas que no están educadas avanzan con una carga que les impiden ponerse a la altura de los demás. Por eso, si hay que escoger entre dos males, siempre será preferible asistir a la peor escuela, que no asistir. Lo que sucede es que todavía gran parte de la educación está en manos de religiosos. Yo creo que debe existir una enseñanza religiosa para los papás que así lo deseen, pero debe haber una alternativa laica: el gobierno debe preocuparse porque haya una enseñanza pública, sólida y al alcance de todos, que responda a los ideales de escuela abierta y universalizable. A estas alturas el hecho de que un país todavía tenga una educación con visión clerical mayoritaria hay que verlo como un retroceso y una desdicha.

¿Implican las nuevas tecnologías una revolución en la educación?

Las nuevas tecnologías son instrumentos: no son una panacea que resuelve todo. Hay quien cree que cuando todos los niños tengan un ordenador conectado a internet entrarán en el reino de la sabiduría y eso no es tan sencillo, y hay quienes ven en internet el apocalipsis, lo cual tampoco es cierto. Internet puede ser peligroso en términos de pérdida de tiempo para quien no sabe qué es lo que busca, pero puede ser también muy útil. Con internet pasa ahora lo que ocurría con los diccionarios: había padres que tenían miedo de que sus hijos buscaran en él las malas palabras o vieran imágenes de desnudos. Es lo mismo que el cuchillo de cocina: puede servir para cortar un dedo o una cebolla.

¿Se ha sobredimensionado el poder que puede tener la educación en el cambio de la sociedad?

La educación es imprescindible pero no es la solución para todo. Por ejemplo, la violencia surge por problemas estructurales que no sólo obedecen a la falta de educación. Lo que es curioso es que muchas personas están muy confiadas en el poder de la educación pero no se preocupan porque en sus países haya una educación pública bien fundamentada, no saben qué parte de sus impuestos va destinada al sector educativo: una buena educación es costosa y el dinero lo debe poner toda la sociedad para que pueda llegar a todos en buenas condiciones, para que los maestros tengan tiempo para estudiar, se actualicen, tengan oportunidades de intercambios, etc. En los países latinos hay un secular desprecio a la profesión de maestro: el maestro es mucho más importante que un banquero, pero eso no se refleja en el aprecio social. No es verdad que con la mera vocación pedagógica y sin recursos los maestros puedan desarrollar un excelente papel, porque el cirujano también tiene mucha vocación, pero sin embargo cobra mucho dinero. La educación no se basa sólo en el dinero, pero exige muchos recursos para poder lograr que en las aulas haya un número reducido de niños y que existan profesores personalizados para que estudien sus casos concretos.

La educación va ligada con el tema de los jóvenes, que según usted se ha exagerado...

La hiperjuvenilización obedece en gran parte a un interés comercial, porque en este momento hay una gran cantidad de jóvenes con capacidad de compra y además los jóvenes tienen una vida muy activa, muy dada al deseo y el capricho, mientras los adultos ya más o menos saben qué es lo que quieren. Además, hay el mito del horror a la decadencia física: en todas las épocas se ha considerado que es mejor ser joven que ser viejo, pero en esta es una obligación ser joven, y el que no está joven, está enfermo. No hay una visión cuerda de la vejez. Un viejo no tiene por qué sentirse joven. Un viejo debe sentirse viejo y sin embargo ser una persona útil. Esto se da por esa tendencia a buscar figuras de autoridad que dirijan y controlen, que nos mantengan en una perpetua minoría de edad, que nos diviertan y protejan. Hay que ser joven a su momento, y después dejar de serlo, lo demás no es natural, aunque evidentemente todos tenemos nuestras dimensiones pueriles...

¿Cómo ve la situación de Colombia?

Aunque quienes vivimos en el País Vasco vivimos quejándonos, comparados con la situación que vive Colombia nosotros vivimos en el Paraíso. En toda la historia de ETA ha habido 900 muertos, que es lo que puede haber acá en pocos meses. Lo que hemos hecho en el País Vasco es tratar de evitar y cortar la ola de violencia antes de que llegue a un nivel que sea inmanejable y se enquisté en la sociedad. En el caso colombiano yo veo que la situación es mucho más compleja porque no es un solo grupo el que participa en el conflicto y además hay factores económicos y sociales como el narcotráfico que agravan la situación. Sin embargo, pienso que manifestaciones como las marchas, siempre y cuando se conviertan en una actitud permanente de protesta, indican que la sociedad está reaccionando y que no espera que la solución al conflicto caiga del cielo.

La diferencia entre las democracias y los autoritarismos es que en las dictaduras un pequeño grupo secuestra el mundo de la política, mientras que en las democracias todos somos políticos: si decimos que los políticos son malos, la culpa es nuestra porque elegimos mal, o dejamos de intervenir y participar, o no removemos a las personas corruptas o inútiles. En la democracia nadie descansa de su situación política y en ese sentido creo que las marchas son un paso para tomar parte activa en esa vida política.

Yo veo que hay un deseo generalizado de la inmensa mayoría de la gente de que hay que alcanzar la paz. Colombia es un país fundamentalmente rico, pero injusto porque está mal repartido. Sin embargo, es muy rico, sobre todo si se tiene en cuenta que en este momento hay países con economías inviables. Entonces uno no entiende que en un país así se dé una violencia tan demencial. La gente está convencida de que algo hay que hacer, pero falta esa chispa de decisión social o de fuerza política y falta también un Estado que funcione como tal. No puede uno seguir rezándole a la Virgen para lograr que las cosas se arreglen. El Estado está para monopolizar la violencia y para impedir las venganzas y las luchas de todos contra todos.